

Madrid a 14 de noviembre de 2016

Comunicado de los Movimientos de Renovación Pedagógica de Madrid



¿Deberes, si o no? Es un debate cuya respuesta no puede reducirse a blanco o negro.

Los deberes se han convertido en un tema de gran controversia y actualidad en muchos centros educativos y han provocado “alarma” social debido a la sobrecarga de los niños y niñas cuando llegan a casa.

En muchas ocasiones las tareas escolares provocan desigualdades sociales, ya que hay familias que pueden ayudar a sus hijos e hijas en las tareas o incluso pagar clases particulares y otras no. Otras veces provocan enfados entre padres e hijos, tensiones que desestabilizan el equilibrio familiar.

Si el objetivo docente es crear hábitos de trabajo en un tiempo y espacio que no puede controlar sería imprescindible contar con la opinión familiar y valorar, en cada contexto, si un trabajo colaborativo en este sentido es posible por múltiples razones, fundamentalmente las condiciones y posibilidades familiares.

Pero cuál es, con frecuencia, el sustrato real: repasar y reforzar o incluso hacer lo que no ha dado tiempo en la escuela.

Respecto a lo primero supone una desventaja pues implicaría tiempo extra para revisar individualmente con el alumno o alumna, si es que pretendemos que sea eficaz, lo que con la actual ratio y organización escolar es inviable. Lo segundo resulta sencillamente aberrante pues se convierte en una herramienta para la competición y la segregación entre quienes disponen de los medios para convertir la casa en una escuela (tiempo y conocimientos o dinero) y quienes no. Todo ello sin contar con la opinión de quienes han de gestionarlo, las familias. Los currículos irracionales e interminables y su compartimentación en múltiples materias son en buena parte responsables de la escalada de los deberes. Fundamentalmente alimentados por la exigencia de pruebas externas patrocinadas por organismos económico como la OCDE, obedecen a una manifestación, entre otras, de un sistema educativo basado en el autoritarismo y la disciplina, cuyo fin no es el aprendizaje sino mantener una educación mercantilista y segregadora.

Además, la actual inflación y formato de deberes no tiene en cuenta para nada a quienes supuestamente habrían de beneficiar: al alumnado.

En primer lugar porque a los adultos se nos ha olvidado que los niños y las niñas tienen derecho a jugar, al ocio, e incluso al trabajo creativo; es básico para el desarrollo de todas sus potencialidades y un principio que recogen la Convención de los Derechos del Niño y la mayoría de nuestras leyes educativas. No se les puede regular todo, no funcionan como los adultos y necesitan tiempo. Tiempo para disfrutar jugando, tiempo para pensar, en definitiva tiempo para ser libres. No hay que obviar que actualmente la jornada de muchos niños y niñas comienza a las ocho de la mañana y llegan a casa pasadas las siete de la tarde para enfrentarse a la ardua tarea de los deberes. Esto, lógicamente, provoca además que, al anular o limitar extraordinariamente el poco tiempo libre disponible, pierdan el interés en las materias y aumenten su fatiga física y

emocional. Y es que un deber es la garantía de un derecho y no la represión del mismo. Los deberes que la escuela impone reprimen el derecho de niñas y niños a crecer y convivir, de forma saludable en entornos familiares, sociales y ambientales. ¿Quién tiene entonces el deber de garantizar este derecho?

En segundo lugar porque, tal como se producen, ignoran la existencia de diferentes tipos de capacidades y la teoría de las inteligencias múltiples de Gardner. Los deberes escolares, como continuidad de la apuesta academicista del centro, contemplan solo unas determinadas capacidades clásicamente valoradas, como la lengua, las matemáticas y el inglés, olvidando y excluyendo otras como la música y la educación artística y reforzando así desigualdades entre el alumnado que podría desplegar esos otros tipos de inteligencias.

Existe otra controversia infundada de un pensamiento tradicionalista que considera que el esfuerzo ha de ir acompañado de dedicarle horas y horas a las tareas escolares. “Cuanto más cantidades de ejercicios hagas más aprenderás, mejores notas académicas sacarás y mejor trabajo tendrás en el futuro”. Una falacia pues se trata de una cuestión de calidad y no de cantidad. Hacer los ejercicios no determina que el niño o la niña se esté esforzando. Entonces ¿esfuerzo es sinónimo de deberes? Existen otros mecanismos para consolidar lo aprendido en clase el día anterior.

Entendemos que el tema requiere una profunda reflexión que va más allá de la conciliación familiar entre escuela y horario laboral. Es contra el sistema imperante contra el que tenemos que unirnos y favorecer espacios de diálogo, de escucha, conocer y participar en el proyecto educativo de las escuelas, el que ha de incorporar ese derecho de las familias y sus posibilidades de acompañamiento en cada contexto.

El trabajo en casa ha de ser producto del acuerdo escuela-familia, que cuente también con el alumnado. Debe funcionar como un enriquecimiento deseado fuera del aula, como un impulso y motivación que ayude a niños y niñas a despertar su curiosidad por aprender, siempre con propuestas realizables de manera autónoma, que puedan espolear el placer de investigar preguntando, analizando, reflexionando, creando, imaginando, leyendo con iniciativa; aprendizajes significativos que les llevará al verdadero desarrollo de sus potencialidades. Las familias, los maestros y maestras tienen que saber crear este deseo por aprender.

Este debate, en algunos contextos, se está desvirtuando y en lugar de ser una discusión enriquecedora que nos lleve a la reflexión y al consenso, se está convirtiendo en un arma para separar a familias, alumnado y docentes por diferentes motivos (sensibilidades heridas, falta de escucha,...). Vivimos un momento en el que la comunidad educativa debe estar más unida que nunca y debemos luchar juntos por la escuela pública que queremos.

Como dice Alfie Kohn en su libro *El mito de los deberes*, “*Queremos niños completos, que se desarrollen social, física y artísticamente, y que tengan también tiempo para relajarse y ser niños*”.